



Domingo de la Palabra de Dios

Subsidio litúrgico
para el celebrante

III Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 22 de enero de 2023



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Alrededor de tu mesa (CLN, A 4) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Sal 95 1. 6):

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra. Honor y majestad le preceden, fuerza y esplendor están en su templo.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Hoy, la Iglesia celebra el Domingo de la Palabra de Dios, cuando escuchamos en el evangelio la narración del comienzo del ministerio público de Jesús.

Según el papa Francisco, «la Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana» (EG, n. 174).

El papa afirma: «Toda la evangelización está fundada sobre [la Palabra de Dios], escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra» (*ibíd.*).

El Domingo de la Palabra de Dios nos recuerda que esta Palabra ha de ser cada vez más el corazón de la vida y de la misión de la Iglesia.

Que esta eucaristía nos transforme en cristianos amados por Cristo, llamados personalmente por él y enviados a compartir su vida y su misión.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que eres la Palabra que siempre nos empuja a la conversión, a crecer y mejorar, a soñar y preparar nuevos odres para tu vino siempre nuevo: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que eres la Palabra que nos convoca a formar familia, a sentirnos hijos e hijas amados de Dios, llamados a construir fraternidad con todos: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres la Palabra que nos impulsa a llevar la Buena Noticia del reino a todos los rincones de nuestro mundo: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS, todopoderoso y eterno,
orienta nuestros actos según tu voluntad,
para que merezcamos abundar en buenas obras
en nombre de tu Hijo predilecto.

Junta las manos.

**Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

Benedicto XVI afirma en la exhortación apostólica *Verbum Domini* que hay tres preguntas básicas en la preparación de la homilía: «¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?» (n. 59). No es necesario detenerse en el comentario de todas las lecturas, ni siquiera es preciso observar detenidamente todos los detalles. Sugerimos algunas pistas para la reflexión personal y comunitaria.

1) La primera lectura nos habla de luz y de gozo: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo; se gozan en tu presencia, como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín».

El pueblo había sufrido humillaciones, derrotas y momentos difíciles. Los territorios de Zabulón y Neftalí padecieron las incursiones de los pueblos del norte. Fueron desterrados, fueron despojados de sus bienes, tuvieron que vivir en tierras extranjeras en medio de sus enemigos.

Pero el Señor los volvió a mirar con amor, olvidó sus delitos, perdonó sus pecados y les permitió regresar a su tierra. Fue como un nuevo amanecer.

El pueblo «caminaba en tinieblas», «habitaba en tierra y sombras de muerte». Y amanecieron días de paz, sin temores, jornadas serenas y tranquilas. Todo ello se expresa con una bella imagen: el pueblo «vio una luz grande»; «una luz les brilló».

La acción realizada por el Señor se describe a través de la repetición de términos relacionados con la alegría: «Acreciste la alegría», «aumentaste el gozo»; «se gozan en tu presencia», «como gozan al

segar», «como se alegran al repartirse el botín». Gozar en la presencia de Dios como goza quien recoge el fruto de su esfuerzo en el momento de la siega; alegrarse como quienes reparten el botín después de una batalla. Es el Señor quien acrece la alegría y quien aumenta el gozo.

Ha desaparecido una situación de opresión que se dibuja con tres imágenes; la vara, el yugo, el bastón. El pueblo era incapaz de superar la opresiva situación. Pero la intervención de Dios fue manifiesta: «La vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro, los quebrantaste».

El recuerdo del día de Madián evoca la victoria de los hijos de Israel contra los madianitas (Num 31, 1-54).

2) El salmista manifiesta esta experiencia de luz y confianza: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?»; «Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor [...]. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida».

A nuestro alrededor hay mucha oscuridad. Vivimos en un mundo de incertidumbres y falsas apariencias. También hay lucecillas efímeras, caducas, y luces resplandecientes que nos impiden ver con nitidez. Necesitamos luz, defensa y seguridad para vencer los temores que nos incapacitan para reaccionar. Nuestra oración se centra en ser y estar junto al Señor, gustar, ver y paladear su dulzura.

Es posible habitar en la casa del Señor no solamente residiendo en el templo de Jerusalén o en la ciudad santa. Se trata de encontrar refugio, seguridad, estabilidad y firmeza en el Señor; es decir, «gozar de la dulzura del Señor».

3) Por desgracia, los que seguimos a Jesús no estamos unidos, ni formamos una sola Iglesia. Estos días celebramos la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos; y, por eso, hoy pedimos especialmente para que se pueda llegar a hacer realidad el deseo de

que todos los que creemos en Cristo lleguemos a superar nuestras divisiones y formemos un solo Cuerpo.

San Pablo, probablemente informado por los empleados de Cloe, que pudo ser una comerciante cristiana de Corinto, menciona cuatro grupos en los que se había fragmentado la comunidad naciente: partidarios de Pablo, de Apolo, de Cefas y de Cristo.

Frente a la división que representaban dichos grupos, el apóstol escribe: «Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir».

La unidad en el pensar y en el sentir no es el resultado de un esfuerzo humano, sino un don que hay que pedir al Espíritu Santo.

Solamente Cristo ha sido crucificado por la humanidad. El bautismo se administra en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo y no en nombre de los seguidores de Cristo.

4) En el pasaje del evangelio encontramos seis pequeñas escenas: 1/ El arresto de Juan. 2/ El establecimiento de Jesús en Cafarnaún. 3/ El cumplimiento del oráculo de Isaías. 4/ El comienzo de la predicación de Jesús y la llamada a la conversión. 5/ La elección de los cuatro primeros discípulos. 6/ La actividad de Jesús en Galilea.

1. El arresto de Juan. Juan Bautista concluyó sus días en la cárcel. Su vida fue como un anuncio de la llegada de la luz. Cumplió su misión y pasó a un segundo plano. Con este arresto comienza una nueva etapa en la historia.

2. El establecimiento de Jesús en Cafarnaún. Jesús abandona Nazaret y se establece en Cafarnaún, en el camino del mar, en el límite de Zabulón y Neftalí, una región ocupada por una población mixta que no tenía gran consideración.

3. El cumplimiento del oráculo de Isaías. El deslazamiento de Jesús no es improvisado, sino que tiene una finalidad. Mateo subraya que el inicio de la predicación de Jesús se ajusta al anuncio de los

profetas. Ve en el texto de Is 8, 23-9, 1 un sentido profundo. En los pueblos que Isaías describe como ensombrecidos, envueltos en las tinieblas de la muerte, emerge la luz esperada. La gozosa claridad del Evangelio comienza su avance en las pequeñas poblaciones de Galilea.

4. El comienzo de la predicación de Jesús y la llamada a la conversión. El primer mensaje de Jesús al comenzar su predicación es la conversión. «Convertirse» quiere decir regresar, dar la vuelta, cambiar el sentido del camino. Es un cambio interior para con Dios, para con los hombres, para con el mundo. La conversión es una decisión que hay que tomar ahora y no se puede postergar. Jesús agrega una motivación: «El reino de los cielos está cerca». Mateo evita pronunciar el nombre de Dios.

5. La elección de los cuatro primeros discípulos. Jesús no es un personaje solitario que desee realizar su obra sin colaboración de nadie. Pedro y su hermano Andrés pescan cerca de la orilla del lago. Jesús les dice: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». El acento está en la invitación del Señor. La vocación cristiana se identifica con el seguimiento de Jesús. La vocación es siempre para una misión. Jesús llamó a sus discípulos para luego enviarlos a la misión. La llamada es para estar con Jesús, seguir el camino de Jesús y participar en una misión. Ser «pescadores de hombres» quiere decir ayudar a los demás a que encuentren a Cristo, que es la única luz para el camino.

Pedro y Andrés no dudan ni un instante: «Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron». La palabra del Maestro encuentra rápido eco en el corazón de los pescadores.

También Santiago y Juan repasan las redes con su padre Zebedeo y escuchan la llamada e, inmediatamente, dejan las redes, la barca y a su padre, y siguen a Jesús.

Jesús une las dos dimensiones del amor: manifiesta el amor del Padre porque anuncia el reino de los cielos; y el amor a los hermanos, porque los asocia a su vida y a su misión.

6. La actividad de Jesús en Galilea. Actividad que se concentra en cuatro expresiones: 1/ recorrer toda Galilea; 2/ enseñar en sus sinagogas; 3/ proclamar el Evangelio del reino; y 4/ curar toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Jesús no solo predica, sino que hace realidad el reino con los hechos. El reino de Dios es anunciado con hechos y palabras y hasta con el silencio. Jesús no se limita a proclamar la vida nueva de Dios, sino que la traduce en cosas concretas: lucha contra toda enfermedad y toda dolencia que aqueja al pueblo. Une la palabra y los hechos. Así se convierte en una verdadera luz en un país que habita en tinieblas, algo inédito que merece la pena seguir.

Jesús continúa pasando a nuestro lado. Nos ve empeñados en nuestras tareas diarias. Nos mira como miró a Pedro, Andrés, Santiago y Juan y nos invita a seguirlo, para que seamos anunciadores de la luz, antorchas vivientes capaces de iluminar las sombras de muerte en que yace el mundo.

Mateo ve en el inicio de la predicación de Jesucristo la realización de la profecía de Isaías: es la gran luz para el pueblo que caminaba en tinieblas. Todos vivimos de algún modo en tinieblas. Y hemos de buscar la luz en Cristo; mejor, la luz que es Cristo. San Pablo reconoce que Cristo lo envió «a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo».

Jesús continúa mirándonos personalmente y sigue invitándonos: «Venid en pos de mí». La clave está en este «mí», que determina y configura nuestro presente y nuestro futuro. Seguir a Jesús con alegría y con pasión.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

En este Domingo de la Palabra de Dios presentamos al Señor nuestra oración con humildad y confianza.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Para que la Iglesia continúe caminando tras las huellas de Jesucristo, proclame con alegría el Evangelio y contribuya a aliviar las enfermedades y dolencias del pueblo. Roguemos al Señor.
2. Para que contemplemos la luz grande que brilla en medio de nosotros, incluso cuando habitamos en tierras oscuras. Roguemos al Señor.
3. Para que la Palabra de Dios sea proclamada con fe, acogida con gratitud, vivida con intensidad y testimoniada con pasión. Roguemos al Señor.
4. Por quienes pasan necesidad, por quienes sufren a causa de las guerras, las enfermedades, la soledad, la ancianidad, el abandono o la falta de trabajo, para que encuentren respuestas y compañía. Roguemos al Señor.
5. Para que anunciemos el Evangelio, no con sabiduría de palabras, sino con la eficacia de la cruz de Cristo. Roguemos al Señor.
6. Para que el Espíritu Santo llene los corazones de todos los cristianos, sea fermento de comunión y nos conceda el don de la unidad visible. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS Padre todopoderoso,
que aumentas nuestra alegría
y nos concedes gozar en tu presencia,
haz que desaparezcan las divisiones entre los cristianos,
aliméntanos con tu Palabra
y suscita respuestas generosas
en el corazón de quienes llamas para seguirte.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Pescador de hombres (CLN, 407) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

CONCÉDENOS Dios todopoderoso,
que cuantos hemos recibido tu gracia vivificadora
nos gloriemos siempre
del don que nos haces.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

R̄. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

El Señor os bendiga y os guarde.

R̄. Amén.

Haga brillar su rostro sobre vosotros y os conceda su favor.

R̄. Amén.

Vuelva su mirada a vosotros y os conceda la paz.

R̄. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̄. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española